



## **Pensando sobre el cambio**

Comentario al trabajo de Joan Coderch “Neurociencia y Modelo Relacional”<sup>1</sup>

**Alejandro Ávila Espada<sup>2</sup>**

*IARPP-España, Universidad Complutense, Madrid*

Se comenta el trabajo de Joan Coderch “Neurociencia y Modelo Relacional” subrayando los procesos que contribuyen al cambio psíquico desde el mejor conocimiento aportado por la investigación del desarrollo y las neurociencias, y desde el marco de referencia del Psicoanálisis Relacional.

**Palabras clave:** Proceso de Cambio, Psicoanálisis Relacional.

Some comments are made on Joan Coderch’s paper “Neuroscience and The Relational Model”, underlying the processes that contributes to psychic change, from the improved knowledge gained in infant and developmental research and neuroscience, and form the frame of reference of Relational Psychoanalysis.

**Key Words:** Change Process, Relational Psychoanalysis.

*English Title:* Thinking on change. Commentary to Joan Coderch’s paper on “Neuroscience and The Relational Model”

**Cita bibliográfica / Reference citation:**

Ávila Espada, A. (2009). Pensando sobre el cambio. Comentario al trabajo de Joan Coderch “Neurociencias y Modelo Relacional”. *Clínica e Investigación Relacional*, 3 (1): 54-57.

[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/CEIRPortada/tabid/216/Default.aspx>] [ISSN 1988-2939]

Agradezco en nombre de todos al Dr. Joan Coderch que nos esté dando esta maravillosa oportunidad de pensar con él temas tan trascendentes para nuestra experiencia como terapeutas y analistas y para la integración de diferentes perspectivas teóricas, clínicas y de investigación. No usaré este comentario para una digresión académica sobre los ricos temas que nos ha expuesto, sino para pensar con él, vivir y compartir la experiencia que el texto y su persona me deparan.

Hace algunos años que vengo subrayando la importancia de recuperar el lugar del Psicoanálisis en la Psicología, una Psicología que no se limita a la Conciencia y a la Conducta en sus sentidos restringidos y dominantes en las modas académicas locales. Coderch alude a una posición similar entre quienes deslindan netamente Neurociencia y Psicoanálisis, como muchos colegas han venido haciendo entre Psicología y Psicoanálisis. Comparto su concepción de que el Psicoanálisis es una “ciencia de los significados y de la experiencia subjetiva”, y como tal, no puede ser otra cosa que una de las vertientes más trascendentes de la Psicología. Pero no comparto su temor a que el abrazo del oso de las ciencias del cerebro nos aplaste, porque la experiencia subjetiva es irremplazable y ninguna química cerebral nos erradicara como sujetos de la experiencia. Últimamente es frecuente encontrarnos en los medios de difusión masiva con artículos que subrayan los mecanismos neurobiológicos del apego, de la experiencia amorosa o la “química del amor” y el deseo sexual, pero no temamos, ningún regulador neurobiológico o activación hormonal sustituirá nuestra experiencia de las relaciones. Es posible que las feromonas nos marquen un camino, el cual nos veamos impelidos a recorrer o del que escapar, pero lo que vivimos las personas vendrá construido por complejas trayectorias que discurren entre las huellas y modelos del conocimiento relacional implícito que nos fundó como sujetos, como nos ha explicado Coderch, y nuestra propia y singular plasticidad de relaciones arriesgadas, entornos vividos y refugios de significación contruidos.

Somos seres en construcción constante, una especie de neo-construcción que está integrada por las huellas de las experiencias vividas y su constante transformación potencial con cada nueva experiencia. Cada mirada, cada contacto corporal, cada potencial sintonía con los otros significativos que han poblado nuestros contextos, ha contribuido de alguna manera, con el filtro de nuestro temperamento, a que seamos lo que somos, potencialidades de acción y de experiencia que cobra sentido en cada relación concreta, tanto las vividas en las interacciones reales, como las mantenidas como contenido de nuestro mundo mental subjetivo, dando lugar a que nuestro Self permanezca aceptablemente integrado en sus multiplicidades.

Pensar al otro, representárnoslo mentalmente, sentir con el otro, en la asimilación y empatía vivencial, reconocerle en su diferencia y a la vez reconocernos en el vínculo y sus fracturas, esa es la tarea implícita, adquirida procedimentalmente en los patrones relacionales que conformaron nuestro conocimiento relacional implícito, A LA VEZ de los otros y de uno mismo. Por ello, “Mentalizar”, como nos ha explicado Coderch, es un proceso central estructurante de la subjetividad, a diferencia de nuestra secular tendencia histórica a explicarnos al sujeto como una “estructura” basada en Esquemas o Modelos nucleares o centrales. Y para este fin, nos puede dar igual referirnos a constructos teóricos como el Edipo, o a Esquemas/Patrones nucleares (cognitivos, emocionales, interpersonales). El salto

cualitativo que estamos dando es aceptar que la subjetividad está en constante construcción a través de las experiencias, lo que resta “seguridad” y “estabilidad” a nuestros modelos de referencia, pero a la vez nos coloca en la posición de reconocer la posibilidad real del cambio, y que para el cambio en las personas, las relaciones psicoterapéuticas son una de las vías posibles y probables.

¿Cómo seguir hablando del Mito de Edipo como una analogía del Esquema o Modelo mental que le permite a Freud entender el funcionamiento mental infantil y adulto, cuando reconocemos que nuestros mundos de experiencia no están poblados por Layos o Yocastas? Para que Edipo nos sirviera como Modelo mental para la construcción de nuestras experiencias habría de haberse vivido con la participación de todos sus actores esenciales. La supuesta universalidad y centralidad del Edipo quedó atrás.

No estamos contruidos por la significación icónica o mítica de los roles parentales, ni menos aún por el destino fatal, sino por nuestra capacidad neurobiológica de sintonizar con las experiencias de otros y asimilarla con la propia, creando el vínculo intersubjetivo que a la vez nos construye; somos a la vez agentes, receptores y participes, parafraseando a Pichon-Rivière a la vez Depositantes y Depositarios en la experiencia de lo Depositado. Que más de un ser humano se haya encontrado en las encrucijadas de Edipo no nos permite entender qué somos ni cómo nos construimos con el otro. Nos guste o no, el contexto relacional crea la subjetividad y no a la inversa, aunque todavía tengamos que ceder en ocasiones en las polémicas -la asimilación de los cambios de paradigma lleva su tiempo- pero sin renunciar a señalar al final.... “eppur si muove....”

No podemos compartir el pesimismo del determinismo freudiano, reluctantante a reconocer la capacidad de cambio del ser humano, quizás Freud nos hablaba más de las tendencias antropológico-sociales de la humanidad que del hecho clínico o la experiencia subjetiva. Menos aún podemos asumir el optimismo ilusorio de la falaz psicología positiva, tan de moda. Nuestro reto está con lo negativo, en qué podemos hacer con la huella de la carencia, de lo traumático, la propia y la del otro; y nuestras oportunidades están en compartir y significar todas las dimensiones de la experiencia de “estar con”, un estar sostenido y sostenedor, continente y contenido, reconociendo-nos en la alteridad y en la multiplicidad de uno mismo y del otro, donde la “verdad” de la experiencia sustituye a las certezas teóricas. Una práctica que ha de ser implicada y comprometida pero a la vez profundamente auto y hetero-observadora, reflexiva, pensando con, para construir o reconstruir los significados a través de la nueva experiencia que la relación terapéutica facilita. En ese camino, la neurociencia cognitiva y el psicoanálisis relacional son dos ámbitos que nos deparan algunas luces en un camino a veces tan incierto y arriesgado como necesario.

Leyendo el texto de Coderch he pensado reiteradamente en lo que nos hace entrar por la senda que conduce a que se despliegue en nosotros los procesos que nos periten desarrollar la función terapéutica. ¿Cómo es la ontogénesis de nuestra capacidad potencial para mantener relaciones terapéuticas con nuestros pacientes, entre 10 y 50 horas semanales, en torno a 44 semanas por año? Historias de pérdida, de ausencias, donde se crea al cuidador del futuro a través de la sobre-adaptación a las necesidades de cuidadores fallidos, cuidadores y sostenedores precoces abocados a la tarea imposible de satisfacer o equilibrar las necesidades de quienes tendrían que cuidarlos; aprendemos a *ser* cuidando el vínculo con el otro y nos diferenciamos a través de ser (o intentar ser) cuidadores más

eficientes. Quizás por eso el narcisismo necesario continúa más allá para colmar sus déficits, afirmándonos en una capacidad cuidadora que promueve la integración de nuestro self, pero que nos puede arrinconar en las formaciones patológicas del narcisismo.

Como bien nos señala Coderch, al señalar las repercusiones de los conocimientos que aportan las neurociencias, nos resistimos a cambiar, pacientes y terapeutas, pero no es una resistencia “a conocer lo desconocido” como apunta el psicoanálisis clásico, sino a perder el encaje que nuclea nuestra experiencia del self, la huella de las experiencias que brindaron en algún momento clave de nuestro desarrollo la experiencia de plenitud y sintonía que propició un avance en la integración del self, un self cuyo equilibrio, aún al precio del narcisismo patológico, ha costado tanto obtener. Afrontar el cambio (en el paciente y en el terapeuta) implica un nuevo recorrido de experiencia profunda en una relación, esa es la posibilidad que brinda la relación terapéutica, como también puede brindarla la vida y sus oportunidades de encuentro. Unas y otras, si pueden ser vividas con suficiente continuidad, repetidas y reafirmadas en la experiencia –precisamente por sus fallas, metabolizadas en re-encuentros- aprovecharán nuestra plasticidad humana para ofrecernos los resultados de cambio.

Cambiar no es transformarse, sino poder usar la capacidad de transformar las experiencias de desconexión y alienación en posibilidades de juego y creación a través de los resquicios de ilusión que sin duda tenemos, porque de otra manera el constante encuentro de ayuda con el otro sería insoportable. Conectar-nos con esa zona de ilusión y juego, re-encontrarnos en ella, esta es nuestra posibilidad de mantenernos despiertos y vivos, en el sentido que usó Winnicott.

Muchas gracias, Joan, por tus enseñanzas de toda una vida. Yo, cuando sea más mayor me gustaría reconocerme en la huella que dejas, la de alguien capaz de seguir aprendiendo de la experiencia, integrándola con los avances del conocimiento, sin dejarse atrapar en teorías o en culturas de conveniencia. Joan Coderch es un ejemplo reposado y vivido de quien profundizó en lo que le convenció en cada momento, pero no se instaló en la “verdad”, atravesó diferentes psicoanálisis y siguió haciéndose preguntas, encontrara o no respuestas. Nosotros ahora le encontramos en terrenos que nos resultan conocidos, pero no podemos olvidar que el abrió estos caminos, mostrándonos a través de su experiencia y de su obra la evidencia de la plasticidad humana y sus esperanzas de cambio.

*Magalia, Las Navas del Marqués, 14 de Febrero 2009*

## NOTAS

<sup>1</sup> Comentario leído en la I Jornadas PSICOANÁLISIS RELACIONAL HOY EN LA CLÍNICA DE LA SOCIEDAD GLOBAL, Las Navas del Marqués, Ávila, 13 y 14 de Febrero de 2009, organizadas por IARPP-España y el Instituto de Psicoterapia Relacional (Madrid).

<sup>2</sup> Doctor en Psicología y Psicólogo Clínico. Catedrático de Psicoterapia, Universidad Complutense, Madrid. Presidente de IARPP-España (Sección Española de la Asociación Internacional para la Psicoterapia y el Psicoanálisis Relacional). Dirección de contacto: Alberto Aguilera, 10 Esc. Izqda-1º. 28015-Madrid. Correo electrónico: [avilaespada@telefonica.net](mailto:avilaespada@telefonica.net)